

La otredad del espejo, en últimos días de una casa

Autora: María Carolina Mora Herryman

Centro de procedencia: Universidad de Ciencias Pedagógicas "Rafael María de Mendive"

Email: mcmora@ucp.pr.rimed.cu

Siempre he sentido una extraña fascinación por los espejos porque sin que nos percatemos, pueden guardar en sus honduras misterios no revelados y reflexionando entonces sobre la existencia, cosa esta bien compleja, se me ocurre pensar que la imagen que nos devuelve el espejo puede ser, simbólicamente, ese otro yo que funciona como contrapartida del yo real.

Ese desdoblamiento se traduce en dos imágenes isomorfas externamente, una real y otra que es su reflejo, pero cuya esencia puede ser diferente, si partimos del hecho de que detrás de cada apariencia puede haber otra realidad posible y que estas pueden no corresponderse (dicotomía esencia-apariencia).

En esto pueden también jugar un papel importante las pequeñas y diarias utopías del pensamiento, porque la utopía, término inventado por Tomás Moro en el ambiente humanista del siglo XVI a partir de elementos griegos, pero no por ello palabra helénica (y que equivale a "no lugar"), lo puede lograr y porque el hombre, además, desde que lo es, se ha procurado la potestad de conservar el anhelo ingenuo de lo que quiere. En consecuencia, puede ser que le adjudiquemos al yo del espejo esa posibilidad intencionada y no tangible de ser lo que fuimos o lo que queremos ser, como ya apuntábamos, en tanto la terca existencia del hombre es siempre un viaje hacia lo desconocido y se nutre y se cimenta en la realidad y en el mito y en esto de crear mundos posibles e imposibles y realidades no reales, valga la paradoja, los poetas son seres privilegiados, antes y desde que el pueblo, creador utópico del romance o del poema épico, pierde su indefinición creativa y aparece la individualidad independiente.

Detrás de cada frase del poeta hay un lugar oculto (como en el espejo), atrapado entre las brumas de la memoria perdida o en los ecos de un futuro inaprensible. El viaje a la transgresión, ha estado vinculado en todas las formas al deseo inmaterializado del hombre, a su espíritu de rebeldía, a sus contradicciones expresas o solapadas; en fin, a ese otro yo, que en la penumbra de los deseos inconfesados, nos devuelve el espejo. Y si de poetas hablamos, hay que aludir, porque además de los méritos que posee su obra, el aquí y el ahora lo requieren, a la cubana Dulce María Loynaz, a su libro-poema-narración Últimos días de una casa y a su innegable maestría para crear sueños y metas deseadas, nunca alcanzadas o ya perdidas.

Hay libros ante los que el lector primero siente curiosidad y luego, una marcada tentación de acercarse a ellos y observarlo todo detalladamente. Son libros que rara vez permiten que se rompa la transparencia con que se presentan; es el caso del que nos ocupa hoy y en él, la poetisa hace una original interpretación del mundo, de la realidad de su entorno y nos la ofrece desde su propia perspectiva que la lleva una y otra vez a la duda y a la indagación, para articular su propuesta basada en lo inasible del mundo.

En últimos días de una casa, en mi opinión un libro desgarrador en mayúscula, hay una refundición autor-narrador-casa (esta última bien personalizada), un desdoblamiento y a la vez una fusión, porque el sujeto lírico y la casa decadente se hacen uno solo en el discurso para mirarse en el espejo, que a manera de una tercera dimensión, recoge y guarda esas sucesivas metamorfosis en su vericuetos no permitidos al hombre:

“Y es que el hombre, aunque no lo sepa,
unido está a su casa poco menos
que el molusco a su concha.
No se quiebra esa unión sin que algo muera
en la casa, en el hombre... O en los dos.”

Declaración explícita de su organicidad y el descubrimiento de que el autor-narrador es el yo real y la casa, es su imagen refleja. Su otro yo simbólico ante el espejo, que nutre a ambos.

En estas circunstancias, el poema viene a ser un desenmascaramiento de la experiencia vivida, donde todo puede ser por una parte recuerdo y por otra, deseo acuciante de volver sobre el camino andado y la poesía no hace sino descubrir y retirar a la vez la máscara que significan los sueños y mostrar el sendero del misterio, cuyo límite último viene determinado por la muerte, por lo perecedero. Límite que se concentra en esa palabra muerte, casi innombrada en la primera parte, pero omnipresente de manera elíptica en todo el poema, desde su nominación, a partir de la conexión que establece la autora entre lo cotidiano y la realidad y que marca el escenario donde se libra la batalla entre la conciencia de la mujer-casa y el sentido de la vida.

Por otra parte, en este libro mantienen un contrapunto sostenido la realidad de acá, compuesta por las cosas objetivas que pueden describirse, aún en medio de la atmósfera onírica que envuelve los versos y de su aire pretérito:

“Las tres era la hora en que la madre
se sentaba a coser con las muchachas
y pasaban refrescos en bandejas; la hora
del rosicler de las sandías,
escarchado de azúcar y de nieve,
y del sueño cosido a los holanes...”

Y la llamada realidad hipotética (reflejo en el espejo), dentro de la que se encuentra, según Eugenio G. De Nora, la llamada realidad fantástica, creada por el juego de la imaginación, los sueños, las obsesiones y pesadillas de cada uno, que la pueden enriquecer indefinidamente y que el monólogo visceral de la mujer-casa que recorre la historia, la hace evidente:

“Y pienso ahora, porque es de pensar,
en esa extraña fuga de los muebles:
el sofá de los novios, el piano de la abuela
y el gran espejo con dorado marco
donde los viejos se miraron jóvenes,
guardando todavía sus imágenes
bajo un formol de luces melancólicas.”

Realidad y reflejo y espejo que guarda dentro de sus contornos una nítida yuxtaposición de planos espaciales y temporales, como si la vida continuara más allá de él, que escinden y ahondan ambos extremos: el real y el simbólico.

Es curioso descubrir cómo en la parte que se corresponde con la narración en presente, pueden distinguirse las diferentes fases de la realidad que Pedro Salinas (citado también por De Nora) reconoce como tales, en un ensayo publicado póstumamente en 1959:

- la realidad psicológica: el alma humana con sus emociones, ilusiones y angustias (fuente predilecta de la lírica de siempre y de la relativamente moderna novela psicológica):

"Todo esto es muy raro. Cae la noche
y yo empiezo a sentir no sé qué miedo:
miedo de este silencio, de esta calma..."

- la realidad exterior de la naturaleza:

"Tal vez el mar no exista ya tampoco.
O lo hayan cambiado de lugar.
O de sustancia. Y todo: el mar, el aire,
los jardines, los pájaros,
se haya vuelto también de piedra gris..."

- la realidad manufacturada: ciudades, utensilios, vestidos, armas, muebles,...

"No ha sido simplemente un trasiego de muebles.

Otras veces también se los llevaron.

- nunca el piano, el espejo –
pero era solo para cambiar aquellos
por otros más lujosos."

- la realidad que constituye el mundo ya pensado, soñado o recreado por la literatura y el arte precedentes:

"- como se vieron tantas en mi época –
condecoradas con la noble tarja
de mármol o de bronce,
cáliz de nuestra voz diciendo al mundo
que nos naciera allí un tribuno antiguo
un sabio con el alma y la barba de armiño,
un héroe amado de los dioses."

Obsérvese que la narración explícita que en el "trasiego de muebles" nunca se movió el espejo, porque en él se iba almacenando la imagen pasada y presente, real e imaginada de los personajes de la historia, que confluyen en los resquicios, grietas y salones de la vieja casa, donde se intercambian constantemente lo objetivo y lo subjetivo (muy relativos, por cierto), consustanciados con el símbolo del espejo. Además, las realidades, por llamarlo de algún modo, reales, se verifican fuera y dentro del espejo y cuentan ambas con una carga inmensa de mundo que la poetisa no puede o no quiere obviar.

La casa no es aquí una estructura arquitectónica inerte, sino un cuerpo, un organismo vivo (a partir de su incisiva personalización) y desde el inicio, sus reacciones se plantean en términos psicológicos:

“ La Casa, soy la Casa.
Más que piedra y vallado,
más que sombra y que tierra
más que techo y que muro,
porque soy todo eso, y soy alma.”
”

El monólogo insistente de esta casa-mujer, evidencia en sus reflexiones un pensamiento inquieto, transgresor, analítico y apasionado; un ojo observador que se levanta sobre un pensamiento vivo, donde la inmersión en la conciencia del instante (pasado y presente) revela una fuerte lucha entre el vacío y el sentido. En este binomio de realidades que se funden en el poema (pasado-presente, certezas-anhelos), es difícil separar unas y otras porque se alimentan recíprocamente: mujer-casa y espejo que las guarda.

“Allá lejos
la familiar campana de la iglesia
aún me hace compañía,
y en este mediodía, sin relojes, sin tiempo,
acaban de sonar lentamente las tres...”

La ambientación de la narración, el ritmo lento y la luz incierta, nos sitúan en un punto terminal del camino desde el que se contempla el itinerario realizado. La mirada de la poetisa, dirigida hacia cada momento digno de recibir el tributo de la palabra, descubre de esta manera una crónica en claroscuro, una alternancia agrídulce de límites, esperanzas y desencantos, que se traduce en esta meditación final sobre la condición humana, filtrada por una fina ironía:

“ Los hombres son y sólo ellos,
los de mejor arcilla que la mía,
cuya codicia pudo más
que la necesidad de retenerme.
y fui vendida al fin,
porque llegué a valer tanto en sus cuentas,
que no valía nada en su ternura...
Y si no valgo nada en ella, nada valgo...
Y es hora de morir.”

El antiguo esplendor y la ternura de esta casa-persona, se quedaron para siempre en el misterio y en las profundidades del inamovible y vetusto espejo de marco dorado. Allí están todavía.